— ¿ Seremos amigos? ¿ Será posible? ¿ No te perderé por completo?

— ¿ Lo quieres así?

Etiennette movió la cabeza y su cara se puso triste instantáneamente.

— ¡ Ah, Cristián! Si es preciso... Por complacerte... ¡ Pero qué diferencia! ¿ Cómo podré resignarme? No, mejor es separarnos por completo... Mi corazón se desgarraría si estuvieras á mi lado sin amarme...

Se levantó y dijo con un gesto de desesperación :

— ¡ Todo se acabó para mí! ¡ Adiós!

Entonces fué él quien la detuvo.

— Etiennette, no te vayas así. Te aseguro que me das pena...

— ¡ Pequeña pena! murmuró la joven con una melancólica sonrisa. Pero no me quejo ni querría verte sufrir. ¡ Bastante es que yo sufra!

La cortesana tuvo la habilidad de comprender que aquel era el momento de desaparecer para dejar á Cristián en una impresión excelente. Sin intentar acercarse á él, se dirigió á la zanja, la saltó con agilidad y ya al otro lado se puso los dedos en la boca y le arrojó un beso de adiós con una lánguida mirada de sus ojos azules. En seguida montó en la bicicleta y desapareció entre los árboles. Se oyó á lo lejos el ruido del cascabel, que fué disminuyendo poco á poco y cesó... Á Cristián le pareció entonces que todos los lazos que le unían á su pasado acababan de romperse. Aprestó el oído para percibir el ruido lejano del cascabel, no lo oyó y se creyó desembarazado de Etiennette para siempre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Cuando Cristián volvió á Trouville fué acompañado por la familia Harvay, á la que Vernier quiso devolver su hospitalidad. El antiguo licorista había ido el día antes á hacer una visita á Etiennette Dhoriel y le había entregado un cheque que, según él, debía apaciguar enteramente su dolor, á cambio de lo cual había exigido que la linda muchacha se marchase á París. La joven accedió sin hacer la menor observación. El terreno estaba, pues, perfectamente limpio de todo obstáculo. Cuando el convaleciente apareció en casa de su padre, hacía veinticuatro horas que había llegado su tío Mareuil, pues Vernier había querido conocer la opinión de su cuñado sobre la familia Harvay. Vernier estaba convencido de que el cambio feliz de Cristián era debido á la influencia de Genoveva y pensaba sacar partido de esa influencia para conseguir la conversión definitiva de su hijo. ¿ Pero cómo? Emmelina, que planteaba siempre claramente las situaciones, le dijo de un modo terminante : « Si á nuestro Cristián le gusta esa pequeña, dásela sin vacilar. No tiene un céntimo, pero ¿ qué te importa eso? Los padres son per-

sonas honradas y debe bastarte. Una mujer que no aporte fortuna á tu hijo, pero que le impida disipar estúpidamente la tuya, es seguramente un partido muy ventajoso. Lo que sucede es inesperado y tal como Cristián se presentaba, todo era de temer. De repente se ha detenido en la pendiente; aprovecha la parada y retén á la que te la procura. Quiera el cielo que esa parada sea seria y que casando á tu hijo con esa niña no la condenes á la más espantosa desgracia.

— ¿ Qué temes pues?

— Me atengo al refrán popular que dice: « El que ha bebido, beberá ».

— Eres muy pesimista, lo cual es una forma de opinión muy cómoda, pues permite aparentar que se ha previsto todo lo malo, conservando el derecho de regocijarse por lo bueno.

— Expreso un temor y nada más. Si tienes alguna probabilidad de sacar á Cristián del lodazal en que se hunde, es casándole. Y con la reputación que tiene, no va á ser fácil.

— ¡ Ah! Es verdad que ha hecho muchas tonterías y que se amolda como á placer á las malas personas. Y, sin embargo, conoce jóvenes perfectos, como ese querido Templier...

Emmelina hizo un gesto de descontento.

— Déjate de comparaciones. El barón tiene sus defectos como cualquiera otro.

— Á fe mía, eres severa. Yo no se los conozco. Es arreglado, sobrio, fino...

— Convenido. Tiene todas las cualidades... ¡ Como es tu amigo !...

— ¿ Vas á tomarle ojeriza? No puedo hablar de él sin que le ataques, y el otro día me has dicho que no debía mostrarme tanto con él en público. ¿ Por qué? pregunto yo. Tiene todos mis gustos y todas mis opiniones. Nunca estamos en desacuerdo y me agrada el ir con él. ¿ Estás celosa de nuestra intimidad?

— ¡ Bah! Puedes hacer lo que gustes, pero si se burlan de ti por ir siempre con personas que no son de tu edad, no será porque no te lo he prevenido.

— Que se burle quien quiera. Raimundo me es agradable. ¡ Quisiera tener un hijo como él! Pero ya me ha dado excelentes consejos y también se los dará á Cristián...

— ¡ Risueña perspectiva! He ahí un joven que no sospecha su felicidad.

Estaba, pues, reconocido antes de que Genoveva llegase á casa de Vernier, que era ventajoso el casarla con el heredero de los Vernier-Mareuil. La joven no suponía que estaba destinada á tan brillante como temible fortuna. Ni una sola vez había cruzado por su mente la idea de que aquel extraño, recogido por sus padres, dejase de ser un indiferente para ella. Sabía que era muy rico y que ella era muy pobre y no podía suponer un casamiento entre los dos. No podía tampoco descubrir la razón misteriosa que hacía desear aquel enlace á los mismos que, en otras circunstancias, se hubieran opuesto á él. Si la hubiera conocido sin reservas y en todo su egoísmo, se hubiera horrorizado y en vez de marchar á Trouville con cándida alegría, se hubiera quedado en su tranquila casa de San Jorge. Pero no veía más que el orgullo de su padre, encantado de ir á pasar unos días con el gran industrial que le había hecho entrever una pronta restauración de su fortuna, y la alegría de su madre, aliviada de sus inquietudes para el porvenir. Y acaso también, en su sencillo corazón, veía la satisfacción de no dejar de pronto al interesante enfermo á quien había contribuído á curar.

Una vez agotadas las curiosidades de la llegada á la soberbia quinta Vernier-Mareuil, Cristián tuvo un placer en guiar á Genoveva por el magnífico jardín que cubre la pendiente bastante rápida de la colina con sus suntuosos cuadros de flores. Desde allí se disfruta la espléndida vista del mar, se domina la desembocadura del Sena y se extiende la vista hasta el Havre, cuyos grandes navíos animan el horizonte. Los dos se sentaron, pues el andar cansaba todavía á Cristián, y contemplaron el panorama que se desarrollaba delante de ellos.

— Esto no es ya San Jorge, con su tranquilidad y su silencio, dijo la joven sonriendo. Ya ha vuelto usted á su vida elegante y pronto va á olvidar aquellos días pasados en el jardín, á la sombra del gran tilo...

— Más de una vez los echaré de menos. Han sido, acaso, los mejores de mi vida.

— Se burla usted. Ahora que conozco su casa y el lujo á que está acostumbrado, me cuesta trabajo comprender cómo se contentó tan fácilmente con nuestra sencilla vida.

— Hubiera sido muy ingrato. Sus padres de usted me ofrecían una cordial hospitalidad que ha sido muy favorable para mí... Pero usted no puede saber...

Se calló y su cara tomó una expresión de gravedad como si examinase interiormente una situación cuya importancia no conocía Genoveva. Después dijo con alguna tristeza :

— Ahora, como usted dice, todo ha cambiado y va á haber que tomar de nuevo las costumbres del mundo rico... ¡ Es lástima !

Genoveva le miró asombrada.

— Si no le gustan á usted ¿ quién le obliga á observarlas ?

— Nadie, sin duda. Pero entonces ¿ en qué voy á ocuparme ?

— Me parece que, en su lugar de usted, no me apuraría esa cuestión. ¿ No tiene usted la elección de las ocupaciones ? Su padre de usted, que es tan bueno, no debe pensar más que en agradarle y le facilitaría todas las carreras...

— ¡ Ah ! Es que creo que no sirvo para nada.

— ¿ Cómo es posible ? Usted es muy inteligente.

— Y usted muy amable... Pero es que soy también muy perezoso...

— Con buena voluntad se corregirá usted.

— Es que tengo también muy poca voluntad.

— Me parece que se calumnia usted... No creeré nunca que no tenga usted el valor de imponerse una regla de conducta y seguirla.

— Y sin embargo es la verdad. No hay carácter más débil ni más indeciso que el mío. La lucha me cansa y la resistencia me vence.

— Ha sido usted horrorosamente mimado, dijo Genoveva con una sonrisa.

— ¡ No ! Perdí á mi madre muy joven y mi padre, ocupado en sus negocios, no ha tenido tiempo que dedicarme. He sido educado por extraños y entregado muy pronto á mí mismo con mucho dinero en el bolsillo. Por eso he prescindido de la existencia de trabajo para dedicarme á la del placer. Así es que, se lo aseguro á usted, no valgo gran cosa.

— Puesto que se da usted cuenta de ello, es tiempo aún de cambiar.

— ¡ Cómo se ve que usted no me conoce !

La joven le miró con más seriedad.

— Está usted pintándome un personaje nuevo para mí y que yo no podía sospechar en el joven fácil, dulce

y agradecido que he visto en mi casa durante tres semanas. ¿Es usted un hipócrita ó tiene bastante talento de actor para dar la ilusión de lo que no existe?

— Nada de eso. He sido natural en su casa de usted y no he pronunciado una palabra que no pensase. Es cuestión de circunstancias. La ausencia de voluntad me ha permitido adaptarme á aquel medio y vivir en él con profunda satisfacción. También ha contribuído al placer que experimentaba el contraste con mi existencia ordinaria.

— ¡Dios mío! Me asusta usted. Á creerle, es usted una especie de diablo, á quien un accidente obligó á hacerse ermitaño, y que vuelve á su infierno.

— Algo hay de eso, y ese diablo echará de menos con frecuencia la ermita.

Genoveva se rió un poco nerviosamente.

— Entonces que conserve su cogulla y que rechace las tentaciones. Las quejas platónicas y las aspiraciones sin efecto me parecen la peor de las falsedades. Se sabe lo que se quiere y se trata de hacerlo. Pero desear una cosa y hacer otra, lo repito, es incomprensible para mí.

Cristián movió la cabeza con desanimación.

— ¡Ah! Si yo estuviese sostenido, aconsejado...

— Los apoyos y los consejos no pueden faltar á usted.

— ¿De quién voy á esperarlos?

— De su familia, naturalmente, de sus amigos...

— Se ve bien que no los conoce usted todavía. Ciertamente, mi padre me quiere, pero no puede hacer hoy por mí lo que no ha hecho en mi niñez. Es un hombre á quien el manejo de sus millones tiene siempre ocupado. Y cuando ha acabado de trabajar para enriquecerse, trabaja para divertirse. Y sepa usted que no es esta floja tarea. Se ha casado con una mujer joven y

encantadora, que tiene todas las costumbres de la clase social con quien siempre ha vivido. Y mi padre se ve obligado á seguirla. Tiene aquí veinte caballos en las cuadras y diez criados en la antecámara. En París se prepara todos los días la comida para quince personas y aunque no haya más que dos, mi padre y su mujer, se come siempre de frac y con vestido escotado. Pero siempre hay gente. Después de comer, se va al teatro, á una reunión literaria ó un sarao cualquiera; y luego á cenar. Por la mañana, á las ocho, mi padre está en su despacho como si nada ocurriera y allí recibe á medio mundo que va á hablarle de sus negocios. Llega la hora del almuerzo y en seguida se va á las carreras, si las hay, y si no á Moret, en automóvil, á inspeccionar la fábrica. De tiempo en tiempo mi madrastra tiene exigencias y hay que llevarla á recepciones, aunque ella tiene sus amigos particulares que la rodean y la acompañan. Todo es para mi padre un exceso de trabajo que él resiste gracias á su salud de hierro. ¿Cómo quiere usted que tenga tiempo para ocuparse de su hijo? De este modo he tenido desde niño una libertad de la que he abusado, como dirá á usted todo el mundo. ¿Por qué milagro podría cambiar mi existencia sin que cambiasen sus condiciones? Soy una víctima social. Estoy cogido en el engranaje de la vasta máquina mundana y tengo que dar vueltas en ella. Ya ve usted, por lo poco que le he dicho de mi vida, que no tengo grandes probabilidades para parar en bien.

Genoveva se quedó un momento absorta ante lo que acababa de oir, y después dijo:

— Tengo poca experiencia de la vida para permitirme razonar sobre lo que usted me expone. ¿Cómo aconsejarle á usted? ¿Y con qué título? Usted me trata en cierto modo como á una hermana al manifestarme

tanta confianza, pero yo no puedo olvidar que soy una extraña y que no tengo derecho para hablarle severamente. Ese es, sin embargo, el deber que yo tendría que cumplir.

Cristián la interrumpió con extraña viveza :

— ¡Oh ! Se lo ruego; no se imponga usted ninguna reserva. Dígame con toda franqueza lo que piensa.

Genoveva agitó la cabeza con aire triste.

— No. Tendría que hacer oir á usted un lenguaje desagradable. ¿Para qué?

— Para indicarme lo que debo hacer. De usted aceptaría todos los consejos.

La joven sonrió.

— Porque sería la última que habría hablado. Con usted el consejero de la hora presente es siempre el que tiene razón. ¡Aceptaría usted mis consejos! ¿Pero los seguiría? Eso es lo que no ha dicho usted. Detrás de mí vendría otro y destruiría el efecto de mi moral; un amigo cualquiera, que se reiría con usted de la pobre muchacha que había tomado aires de reformadora. No, amigo mío. No cuente usted con que yo desempeñe ese papel. Si usted quiere ser razonable, ya encontrará medio de serlo sin que yo intervenga.

Cristián no era hombre de largos esfuerzos y estaba escaso de argumentos. Su sensibilidad se había ya mostrado de un modo anormal, y dijo en tono burlón :

— Usted es como los demás. Me invita á reformarme, pero en cuanto á ayudarme, no hay tu tía...

— Pero vamos á ver. ¡Tiene usted unas exigencias! He contribuído á componerle á usted la pierna; ¿es eso una razón para que le componga también el carácter?

— Y ahora se burla usted de mí por añadidura, gimió Cristián. No conocía á usted bajo ese aspecto. Siempre

se ha mostrado usted á mí como una buena y amable persona.

— Y un poco simple ¿verdad?

— ¡Ah! no, pero tan clara como el agua de un manantial... Y cuando uno se quiere mirar en ella, la enturbia usted y su superficie no ofrece más que ondas en las que nadie se puede ver... ¿Es usted mala, acaso? Confiéselo.

Genoveva se levantó un poco bruscamente, pues la conversación tomaba un sesgo que no le convenía, y dijo redondamente :

— Su confesión de usted bastará, si á usted la parece, y nos pasaremos sin la mía.

Desconcertado por el tono y la actitud de la joven, Cristián se puso trabajosamente en pie, al mismo tiempo que llegaban Vernier y los Harvay. La conversación cesó por sí misma y ya en todo el día los dos jóvenes no tuvieron ocasión de verse solos. El nuevo aspecto bajo el cual se había mostrado la joven picaba vivamente la curiosidad de Cristián. La joven dulce y sencilla que tanto le gustaba se había convertido en una persona reflexiva y firme que le encantaba más todavía. Durante todo el día la estuvo observando y descubrió en ella una porción de particularidades que no había visto, sin duda porque en aquel medio elegante se iluminaban como las facetas de un brillante al contacto de la luz. Después de comer llegaron los amigos de Cristián y Genoveva tuvo el placer de contemplar en toda su correcta elegancia á Clamirón, Longín y Vertemousse. Este último había ganado aquel día el premio internacional en el tiro de pichón y se presentaba cubierto de gloria. Pero se quedó sorprendido al ver el efecto que producía en los huéspedes de Vernier. Genoveva no le dejó ignorar que encontraba repugnante

aquella matanza de inocentes volátiles y se desconceptuó para siempre en la opinión del *sporstman*. Las excentricidades calculadas de Clamirón no obtuvieron éxito alguno y el mismo Cristián permaneció helado al verlas. Á las once y media se levantaron para ir á alegrarse por medio de unos cuantos *cocktails* y trataron de llevarse con ellos á su amigo, pero él declaró que había tomado la costumbre de acostarse antes de las doce y le iba muy bien. Ante esa declaración de principios, los tres elegantes sacudieron las manos de todos los presentes levantando el codo á la altura de la oreja, lo que era enteramente *chic*, y se marcharon como habían venido. Cristián encontró entonces la transición que buscaba para reanudar la conversación de por la manaña con Genoveva. Se acercó á ella y le dijo :

— Así era yo antes de llegar á San Jorge ; un cuarto ejemplar del simpático y lindo modelo de esos buenos mozos. Y lo más fuerte es que, realmente, me gustaba su compañía y la sociedad en que viven. Esto es lo que no puedo comprender. Ahora me fastidian y me repugnan. ¿Qué ha pasado, pues, en mi ánimo ?

— ¡ Caprichos ! replicó Genoveva. Dentro de quince días habrá usted recobrado sus antiguas costumbres y no podrá comprender cómo ha prescindido de ellas tanto tiempo.

— ¡ Cómo me desprecia usted ! exclamó Cristián con sincera emoción.

— De ningún modo, respondió con firmeza Genoveva, pero después de sus confidencias de esta mañana, no puedo creerle ya sin pruebas. Cuando haya usted dado garantías de conversión seria, podrá pretender mi confianza. Hasta entonces, no extrañe usted el encontrarme escéptica.

— Pues bien, yo daré esas pruebas.

— Conste que es usted el que lo ofrece y que yo no le pido nada. No tengo ningún derecho, ni el de juzgarle á usted, aunque me lo pidiera con insistencia.

— Es que usted es la persona cuya opinión me importa más.

Genoveva rompió otra vez el coloquio y dijo levantándose :

— Veo que tiene usted necesidad de dormir. Está usted esta noche un poco agitado. Mañana estará más tranquilo.

Le dió la mano con una franca y clara sonrisa y se retiró con su madre. Por la mañana tuvo una sorpresa. Antes de almorzar, su padre la llamó aparte, muy agitado, y le dijo sin ninguna preparación :

— Acaba de sucederme una aventura fantástica. Vernier me ha llevado á su despacho para hablar de nuestros negocios comerciales, y á los pocos minutos ha cambiado de asunto y de conversación y me ha preguntado á quemarropa si tú estarías dispuesta á casarte y qué pensarías de una unión con su hijo. ¿ Comprendes ? Con Cristián Vernier, el único heredero de la casa Vernier-Mareuil... Estoy todavía aturdido... ¿ Qué puede valernos una fortuna semejante ? Es preciso que ese joven te haya hecho la corte y que esté enamorado de ti como un loco... ¡ Ah ! ¿ Qué va á decir tu madre cuando le dé esta noticia ?

— Pero, ante todo, querría saber qué has respondido al señor Vernier.

— Naturalmente, que os consultaría á tu madre y á ti... La proposición es magnífica, pero hay que tener en cuenta la opinión de tu madre y, sobre todo, tu voluntad. Creo que no tienes idea preconcebida. Has vivido retirada desde que empezaron nuestras desgra-

cias y no has podido amar á nadie. Tu corazón está libre, ¿verdad, hija mía?

Harvay temblaba de inquietud al hablar así, de tal modo temía encontrar obstáculos para la realización de un proyecto tan hermoso. Pero pronto se tranquilizó, pues Genoveva dijo:

— Sí, mi corazón está libre.

Entonces Harvay dió rienda suelta á la alegría.

— ¡Ah! ¿Quién hubiera previsto suerte semejante? ¡La primera casa de Francia para la fabricación de licores! ¡Y unos negocios de banca importantísimos!... ¡Y yo que dudaba del porvenir!

Su hija le calmó con una palabra.

— Pero el que yo sea libre de aceptar la proposición no quiere decir que no la rehuse.

— ¿Qué estás diciendo, desgraciada? No envenenes los últimos días de tu padre rechazando semejante partido... Piensa en lo que haría de ti un matrimonio con Cristián Vernier...

— ¡Acaso una mujer muy desgraciada!

— ¿Por qué? ¿Cómo se es desgraciada cuando no se tiene nada que desear?

— Lo primero que desea una mujer es tener un buen marido.

— ¿Y supones que Cristián lo sería malo?

— Estoy casi segura.

— ¡Oh! exclamó Harvay consternado. ¿Quién te ha informado de un modo tan lamentable?

— El mismo Cristián.

— ¿Qué me estás ahí contando?

— La verdad. Ayer, poseído de un acceso de franqueza sentimental, ese joven encontró útil hacerme una clara exposición de su vida pasada y de todo lo que hay en ella irregular y vituperable. Ahora comprendo á qué venían aquellas extrañas confidencias. Con una franqueza que aprecio, Cristián quería darme el medio de juzgarle. De todas sus acciones que conozco, esta es la que más le favorece. Pero el resto, querido papá, el resto... ¡Ah! ¡Qué contraste entre su riqueza material, que tanto te entusiasma, y su miseria moral!

— ¿Pero qué ha hecho? preguntó Harvay espantado.

— No muchas cosas malas, pero ninguna buena. Cristián representa la nefasta inutilidad de una juventud ociosa, con todo lo que viene detrás. No ha cometido la inconvenienca de contármelo, pero yo lo he comprendido.

— ¡Desgraciada niña! exclamó Harvay. ¿Qué doble vista inesperada posees tú para haber adivinado cosas que á mí se me han escapado y que no ha visto tu madre? Durante tres semanas hemos tenido á ese muchacho bajo nuestro techo, le hemos visto encantador, amable y fácil, y, de pronto, se convierte en un ser maléfico y temible... Hija mía, tienes un defecto inmenso; eres exagerada. Abultas las cosas con preocupaciones imaginarias. Creo que ni tu madre ni yo somos unos imbéciles; pues bien, nosotros no tenemos esos temores. Si te casas con el hijo de Vernier, podremos contemplar el porvenir sin ningún temor y ese será un gran alivio para nosotros...

— Puedes creer, papá, que haré todo lo que pueda para contentarte, sin llegar á comprometer mi seguridad.

— Está bien y no pido más. Por otra parte, tendrás tiempo para reflexionar y consultar.

— Esa es mi intención.

— ¿Pero á quién? No conocemos á nadie de las personas que rodean á la familia Vernier.

— ¡Bah! La cosa será muy fácil. Á las primeras pre-